

# LA EXPEDICIÓN DEL OLVIDO

Manuel MAESTRO  
Presidente del Círculo de Prensa  
y Literatura del Mar

## Un espíritu propio del Renacimiento



L naturalista cartagenero Marcos Jiménez de la Espada, nacido el 5 de marzo de 1831, se había formado fundamentalmente en la Universidad Central de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de esta capital. Desde muy joven, a su meticuloso espíritu científico se sumó el de aventura, alentado durante la infancia, transcurrida en su ciudad natal, en donde tantas veces había contemplado cómo las naves atravesaban la línea imagi-

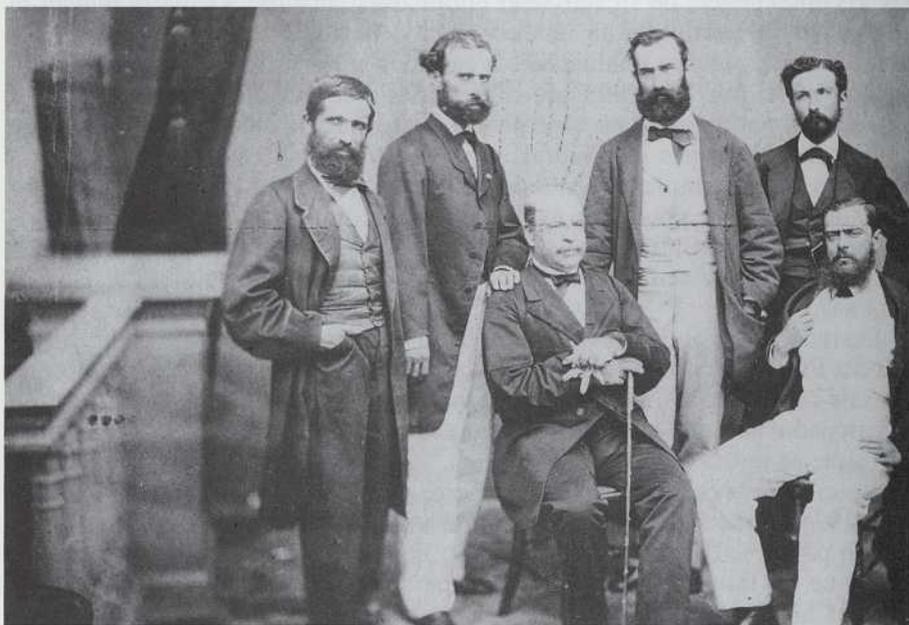
naria que une los picos de los montes San Julián y Galeras, celosos guardianes de la enseada al formar un valladar natural que lo preserva de todos los vientos, haciéndole tan resguardado que puso en boca de los marinos un dicho, en el que se afirmaba que los puertos más seguros eran: Junio, Julio y Cartagena. Como consecuencia de su actividad ultramarina, añadiría a sus habilidades la de cronista, al participar en una expedición naval, que en el marco de una contradictoria política panhispanista se envió a tierras americanas en 1862, con un doble objetivo: en el orden científico, recoger ejemplares de los tres reinos de la naturaleza, con objeto de incrementar las colecciones del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, y en el estratégico, estudiar el lugar más favorable para el emplazamiento de una base naval en el Pacífico, con lo que se restablecería la presencia española en sus aguas, que por los descubrimientos de oro en California y Australia se había convertido en un área revalorizada, y a la vez se facilitaría la comunicación entre las colonias de Cuba y Filipinas.

Designado por el Gobierno español como miembro de la Comisión Científica del Pacífico, nombre que recibió la expedición naval en la que participaron seis naturalistas, un taxidermista y un fotógrafo-dibujante, integrados en una escuadra compuesta por las fragatas *Resolución* y *Triunfo*, a la que posteriormente se uniría la goleta *Covadonga*, se le asignó la tarea de supervisar la recolección de aves, reptiles y mamíferos, y recogió en un diario —inédito hasta 1928— no sólo su labor, sino la llevada a cabo por el equipo en su largo periplo por Brasil, Uruguay, Chile, Perú, Ecuador, México y Centro América, en el que no faltaron hazañas personales como la ascensión a los volcanes Izalco, Chimborazo y Pichincha: donde, al quedar perdido durante tres días, estuvo a punto de perder la vida.

## El final de un expedicionario

La tradición expedicionaria naturalista española se había iniciado en 1570, cuando Felipe II envió a México a su médico Francisco Hernández para que estudiase las plantas y medicinas utilizadas por los indígenas americanos. Y tuvo su mayor esplendor en el siglo XVIII, en el transcurso del cual la Corona española organizó tres grandes viajes de exploración botánica a otros tantos virreinos americanos: entre 1778 y 1788 al del Perú, para estudiar la flora de Perú, Chile y Ecuador, de la que estuvieron al frente los botánicos Hipólito Ruiz y José Pavón; la de Nueva Granada, dirigida a partir de 1783 por el célebre Celestino Mutis, que recolectó y analizó las plantas de las actuales Colombia y Ecuador, y la que llevaron a cabo el médico español Sessé y el botánico mexicano Moziño, que estudiaron la flora desde Vancouver a Guatemala. Culminó esta etapa de la Ilustración española con la expedición de Malaspina, que, entre 1789 y 1795, dirigió el marino en su gran viaje a través del mundo a bordo de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, en las que embarcaron los naturalistas Antonio Pineda, Louis Née y Tadeo Haenke, que fundamentalmente desarrollaron sus trabajos en las colonias españolas.

La Comisión Científica del Pacífico estaba presidida por Patricio María Paz y Membiola, un marino experto en malacología —parte de la zoología que se ocupa de los moluscos—, que fue el encargado de coordinar las activi-



Grupo de naturalistas (segundo por la derecha en pie, Jiménez de la Espada).

dades propias de la escuadra con las científicas. La expedición supuso el punto final a las grandes exploraciones llevadas a cabo en este terreno por los españoles como consecuencia de la caída del Imperio español, iniciada y culminada con los albores y el ocaso de la centuria. Estuvo impulsada por la influencia de la obra de Alejandro Humboldt, una de cuyas últimas actividades fue el asesoramiento e instrucción de los participantes en el viaje de circunnavegación realizado, entre 1857 y 1859, por la fragata austriaca *Novara*, al mando del comodoro Wüllerstorff-Urbair.

### Una expedición de paz inmersa en la guerra

A imagen de la iniciativa austro-húngara, el Gobierno de la Unión Liberal, presidido por Leopoldo O'Donnell, envió en 1862 a las fragatas de hélice *Triunfo* y *Resolución* para que completaran una vuelta al mundo, integrándose en la misma la llamada Comisión Científica del Pacífico.

La expedición, al mando del general Pinzón, estaba formada por 483 hombres, y por su carácter científico la Armada incorporó a la misma a once guardias marinas, además de dos médicos, un capellán y los ocho científicos presididos por Paz: Fernando Amor, Francisco Martínez Sáez, Bartolomé Puig, Manuel Almagro, Joan Isern, Rafael Castro y Marcos Jiménez de la Espada, que jugó el papel más importante, de entre todos los componentes, durante



La fragata *Triunfo*.

después del periplo. A bordo de la fragata de hélice *Nuestra Señora del Triunfo* partió del puerto de Cádiz el 10 de agosto de 1862, llegando el 9 de septiembre al puerto brasileño de Bahía, en donde el grupo se fragmentó en varios, que durante tres meses recorrieron diversas partes del país, para posteriormente, a bordo de la goleta *Covadonga*, dirigirse los naturalistas a Montevideo. De allí partieron dos grupos: uno hacia Argentina y Chile, y otro a las islas Malvinas y Tierra de Fuego, reuniéndose finalmente en Valparaíso.

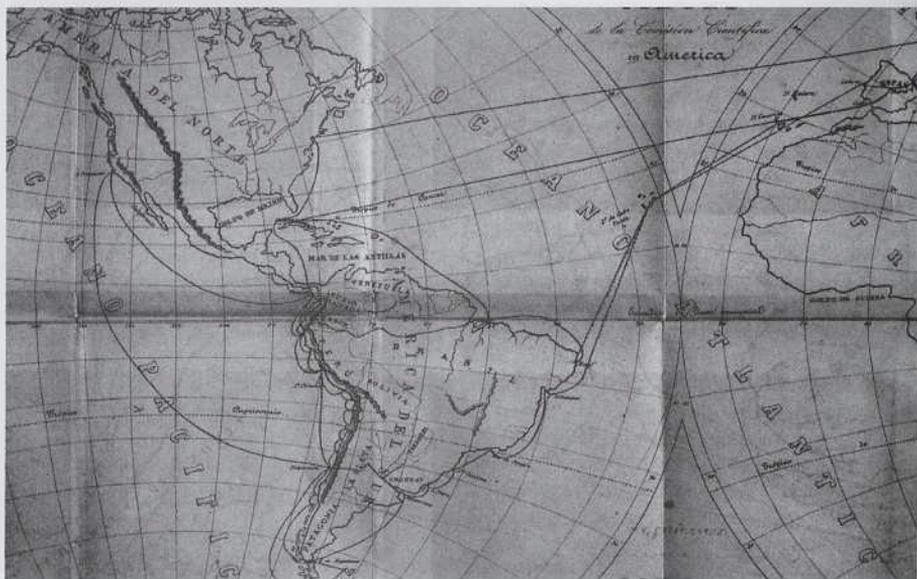
En el verano de 1863 la expedición se dividió nuevamente, encaminando unos sus pasos hacia los Andes y el resto a la costa chilena y el desierto de Atacama, para después partir rumbo a Centroamérica y California. A finales



Marinería de la fragata *Triunfo*.

de año llegaron las fragatas *Triunfo* a Valparaíso y la *Resolución* a El Callao, en donde Pinzón tuvo noticias de la agresión a la posesión española de Talambó, por lo que decidió reunir a la expedición en el puerto chileno, en donde quedó al acecho. Iniciada la guerra del Pacífico, Paz Membiola dimitió como presidente de la Comisión, ordenándose la suspensión del viaje de los naturalistas. A pesar de esto, Martínez, Jiménez de la Espada, Almagro e Isern decidieron continuar la misma sin contar con la dirección militar de Pinzón. Una vez autorizados en 1864 y congregados en Guayaquil continuaron el proyecto

realizando lo que llamaron «El gran viaje» a través de los ríos Napo y Amazonas, que el 12 de octubre de 1865 finalizó en el Gran Pará. La expedición, después de una reunión de los integrantes de la Comisión Científica del Pacífico, concluyó en Madrid el 18 de enero de 1866.



Ruta seguida por la expedición.

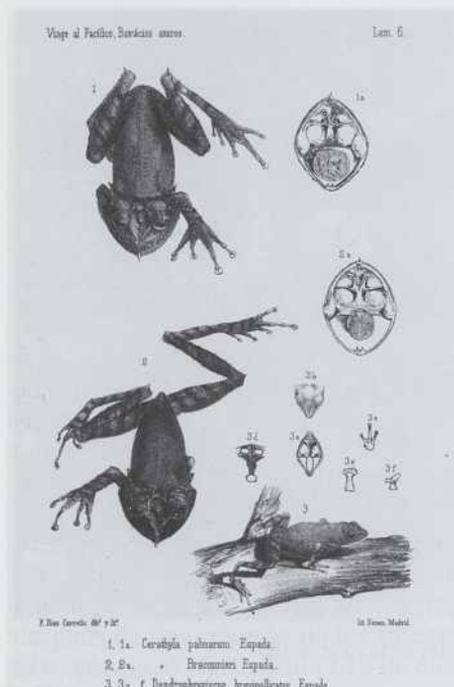


Oficiales y guardias marinas de la expedición.

### Un balance incompleto

Como balance debe resaltarse que, por las dificultades que representaba trabajar a bordo de los buques, la labor se desarrolló principalmente en tierra, sobre todo en las travesías de los Andes, en los viajes al oriente del Ecuador y en el curso del Amazonas. Además, al abrirse las hostilidades, los expedicionarios científicos quedaron en el más absoluto abandono, ya que los buques debieron entregarse al combate. Puede considerarse a todos, tanto a marinos como a científicos, símbolos de una sociedad que luchaba por conseguir la modernización de España; pero, por razones obvias, la tarea de los naturalistas quedó como el lado amable de la empresa, debido a los intercambios culturales que llevaron a cabo con sus colegas americanos y por sus notables aportaciones científicas. Recogieron más de ochenta mil objetos de la gea, flora y fauna americana, así como artefactos de diversas culturas amerindias, y alguno de sus miembros, entre los que destaca Jiménez de la Espada, realizaron notables contribuciones al estudio de la naturaleza y culturas del otro lado del Atlántico.

Los estudios realizados y el material conseguido sufrieron los vaivenes de la política nacional: Revolución de septiembre de 1868, I República, reinado de Amadeo de Saboya y Restauración, y tampoco estuvieron ajenos a la gran



depresión económica que se desató coincidiendo con el final de la expedición, por lo que no se consiguieron en su totalidad los objetivos marcados. No obstante, fueron extraordinarias las aportaciones efectuadas a las colecciones antropológicas y etnográficas del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, parte de las cuales se conservan en la actualidad en los museos Antropológico y de América, así como una gran colección de plantas americanas que enriqueció el Jardín Botánico madrileño. Todo lo cual representa un momento clave en el desarrollo de las Ciencias Naturales españolas, lo que se venía intentando desde el siglo XVIII.

Una reciente exposición, celebrada en el capitalino Museo de América, ha tratado de sacar del olvido los trabajos llevados a cabo por estos marinos y naturalistas españoles, miembros de la Comisión Científica

del Pacífico, y fundamentalmente de Marcos Jiménez de la Espada, convertido en figura relevante del pensamiento nacional del siglo XIX, que puede considerarse padre del americanismo español, y que la casualidad quiso muriese el mismo año en el que se perdían nuestros últimos territorios americanos. Un marino y académico, Cesáreo Fernández Duro, y un científico, miembro de la expedición, Francisco Martínez Sáez, fueron los encargados de leer la nota necrológica con la que la Sociedad Geográfica de Madrid despidió a tan ilustre naturalista, geógrafo e historiador. Al final de la cual se lamentaban de que: «No habiendo interés entre nosotros por las ciencias naturales, siempre faltarán recursos o no habrá sino los exiguos oficiales, y como sin ellos abundantes no es posible el adelanto, no debe ser sensible que vayan desapareciendo las personas que por ellas mostraron entusiasmo. ¡Cuántas veces oímos lamentarse de ello al cariñoso amigo de quien todos guardamos grato recuerdo!». En 1960, Cartagena recuperó del olvido la memoria de uno de sus hijos más ilustres, poniendo a una de sus calles —que va desde la vieja Alameda de San Antón hasta la nueva de Ángel Bruna— el nombre de Jiménez de la Espada, y un Instituto de Enseñanza Media cartagenero, en el que han estudiado tantos hombres de mar e hijos de marinos, también le recuerda ostentando su patronímico.